







# Prólogo

## Crónica del despertar de las bestias

Se dice que los grandes relatos no comienzan con una certeza, sino con una grieta.

Y la nuestra comenzó en un aula de Alcorcón, cuando un grupo de desconocidos se reunió invocando el espíritu del aprendizaje. Eran tiempos inciertos. Éramos aspirantes sin escudo ni espada: jóvenes, no tanto, algunos con algo de sabiduría en diseño, otros apenas iniciados en el arte editorial. Pero todos llevábamos dentro una chispa. Así se formó el primer círculo.

Un grupo convocado por el destino (y por un curso llamado “Desarrollo de Productos Editoriales Multimedia”) para emprender una travesía sin mapas. Al principio, las horas eran luz; el entusiasmo, abundante. Pero como en toda odisea, llegó la niebla.

Y después, las Montañas del Orco.

Oscuras, frías y empinadas, las Montañas del Orco se alzaron ante nosotros sin piedad. No eran de piedra, sino de confusión, de plazos, de conceptos esquivos y herramientas que hablaban lenguas arcanas. Cada clase era una cuesta interminable. Cada intento, un eco que se perdía entre cumbres de frustración.

Nos vimos atrapados en sus senderos, sin luz ni mapa. Algunos se rindieron. Otros se sentaron a esperar. Y los que seguimos lo hicimos con el viento de la desmotivación silbando al oído.

Entonces apareció él.

El Caballo de Troya.

No entró con estruendo, sino con una sonrisa afilada y una inteligencia artificial como aliada. Hablaba con ella como si fuera una musa. En diez minutos dismanteló lo que creíamos saber. En veinte, nos había abierto los ojos.

Nos mostró caminos ocultos, nos dio herramientas mágicas —textos que se escriben solos, ideas que se multiplican, imágenes que cobran vida— y nos invitó a mirar más allá del horizonte de los apuntes.

8

Fue duro. Pero lo seguimos. No por inercia, sino por revelación. Y lo que comenzó como una clase sin rumbo se convirtió en un taller de alquimistas. Aprendimos en dos lunas lo que parecía requerir cinco. Y en el proceso, tejimos un pacto no escrito: íbamos a crear algo que no existía.

Este libro es ese conjuro.

Un Bestiario, sí, de criaturas míticas de cada rincón de la península. Pero también un grimorio de lo que somos cuando



dejamos de temer al fracaso y empezamos a caminar hacia lo desconocido. Cada página contiene un suelo. Cada suelo, una bestia. Cada bestia, una historia.

Pero si afinas la vista —o usas el visor adecuado— quizás veas algo más:  
el instante exacto en que atravesamos las Montañas del Orco...  
y salimos con fuego en las manos.

Y cuentan, aunque no podemos confirmarlo, que el más sorprendido de todos... fue el propio Caballo de Troya.

Beatriz Gómez Izquierdo













# El Gailán

16

Andalucía

En los rincones más sombríos de Granada pervive una leyenda que hiela la sangre: el Gailán. Imagínate un felino colosal con rostro humano, ojos que arden como brasas y una sonrisa que promete muerte. Esta bestia camina entre dos mundos: a veces gatea como animal, otras se alza con la dignidad terrible de un hombre. Su arma más temida es la cola, un látigo mortal que azota sin piedad. Los campesinos susurran que no mata por hambre, sino por el placer sádico de sembrar terror. Aún hoy, cuando el viento sopla entre los olivos, algunos juran escuchar su risa macabra.





# El Lagarto de Jaén

18

Andalucía

Desde tiempos remotos, Granada guarda el secreto del Gailán, una criatura que desafía toda lógica. Picture esto: un felino monstruoso con cara de hombre, ojos como carbones encendidos y una mueca que congela el alma. Camina a cuatro patas por instinto, pero puede erguirse como nosotros cuando le place. Su cola serpentea como un látigo infernal, su arma predilecta para castigar a quien ose cruzarse en su camino. Los trabajadores del campo temblaban al mencionarlo, pues sabían que mataba por puro goce diabólico. Generaciones han mantenido viva esta historia de terror granadino.







# El Basilisco

22

Aragón

Bajo las calles de Zaragoza se arrastra una pesadilla ancestral: el Basilisco. Mitad gallo, mitad serpiente, esta abominación habita en túneles húmedos donde nadie se atreve a bajar. Su mirada es muerte instantánea: te convierte en piedra o te reduce a cenizas con solo cruzar los ojos. Si logras evitar su vista, su aliento venenoso terminará el trabajo, envenenando cada bocanada de aire. Los antiguos susurran que solo un espejo puede destruirlo, devolviendo su propio reflejo letal. Aunque muchos lo creen extinto, otros juran que sigue reptando en las profundidades, esperando su momento.



# El Tocayo de Trasmoz

24

Aragón

En la maldita Trasmoz, donde las brujas una vez danzaron, vaga una criatura que hiela el alma: El Tocayo. Imagina a un cerdo negro como la noche, fruto del pacto diabólico entre hechicera y demonio. Dicen que fue humano, un traidor que pagó su traición con una maldición eterna. Cada quien lo ve diferente: sombra fugaz entre los árboles, espectro que deja huellas ardientes en la tierra. Custodia los secretos del pueblo brujo y castiga sin piedad a quienes osan profanar su dominio. Su nombre delata su origen humano, y quizás por eso su venganza es tan cruel como consciente.









# El Cuélebre del Lago Enol

28

Bajo el Lago Enol duerme un amor imposible. El Cuélebre, dragón temido, se volvió ternura al ver a Ximena, princesa que no huyó. Se amaron en secreto hasta que los hombres los separaron. Ella saltó al agua. Él, loco de pena, la siguió. Desde entonces, emerge con melena roja y ojos humanos, suspirando cada luna llena. No busca carne, busca a su amada. Cuentan que si una joven canta al borde del lago, él aparece. No para asustar, sino para recordar... que hay amores que nunca mueren.



# El Mufosu

30

En lo profundo del bosque astur vive el Mufosu, alma de musgo y sombra. Mitad cabra, mitad raíz, con ojos de rana que todo lo ven. Ríe como niño o viejo sabio. Cuida al pastor perdido y al ciervo herido. Pero si llevas pólvora o hacha, tiembla. No mata: te susurra, te besa, y la tisis te consume lento. Nadie lo atrapa; se disuelve entre hojas. Dicen que fue dios. Ve al monte con respeto, porque si no le gustas... no volverás. El bosque tiene ojos, y a veces... corazón que juzga.









# El Peix Nicolau

34

Cuentan en Mallorca que Nicolau era un niño testarudo, enamorado del mar. Su madre, harta de buscarlo entre las olas, lanzó un deseo sin pensar: “¡Ojalá te volvieras pez!” Y el mar la escuchó. Desde entonces, Nicolau tiene cuerpo de niño y cola de pez. Vive entre corales, en un palacio bajo el agua. Cada marzo emerge, no para asustar, sino para ver qué ha cambiado en la tierra que fue suya. Algunos pescadores juran haberlo visto. Si el mar susurra su nombre... escúchalo.



# El Gall de Foc

36

En Puigpunyent, cuando las llamas danzan al ritmo de tambores, algunos ven cruzar la noche a un gallo sin plumas, hecho de fuego. Su cresta arde, sus alas chispean. Le llaman Gall de Foc. No canta el alba: anuncia incendios, presagios o milagros. Aparece solo ante quienes están por cambiar. Unos lo vieron en Galatzó, otros en Sant Joan, antes del fuego. No es bestia ni demonio: es símbolo. Destruye, pero también renueva. Si lo ves brillar en lo alto, no huyas. Quizá ha venido a mostrarte quién puedes ser.







# La Guayota

40

Antes de que el Teide callara su furia, surgió del Atlántico una sombra olvidada: el Guayota-Marino. No era el que robó al Sol, sino su reflejo ahogado. Anguila gigante, piel de lava, cabeza ciega y vacía. Emergía de noche, envuelto en espuma negra, y arrastraba barcas al fondo sin dejar rastro. Algunos oyeron su canto: un trueno bajo el agua. Si el mar burbujea sin razón, los mayores susurran: “El Marino ha vuelto”. Porque ahí abajo, algo duerme. Algo que, cuando despierte, quizá no deje a nadie contar.





# El Ladón

42

Dicen que en las entrañas del Teide vivía el Ladón, dragón de cien cabezas. Cada una hablaba en una lengua distinta, como si guardara un secreto del mundo. Custodiaba el Jardín de las Hespérides, que algunos situaban en Canarias, donde crecían frutos dorados. Hércules lo venció y su sangre cayó sobre la tierra negra. Así nacieron los dragos, con savia roja como memoria. Aunque su cuerpo cayó, su alma sigue. Cuando el volcán tiembla o el viento habla en muchas voces, es Ladón recordando lo que aún protege.







# El Ramidreju

46

Cantabria

Cada siglo nace en los bosques cántabros un ser extraño: el ramidreju. Surge del vientre de una comadreja, pero no lo es. Cuerpo serpenteante, pelaje verde, ojos dorados que brillan en la sombra. Su hocico escarba oro con ansia. Su piel, dicen, cura cualquier mal, incluso la muerte. Lo persiguen por fe, no por codicia. Pero el ramidreju no es tesoro: es espejo. Refleja el deseo y el vacío. Corre veloz entre árboles, dejando tras de sí la pregunta: ¿vale la pena lo imposible?



# La Monuca

48

Cantabria

En los valles ocultos de Cantabria, cada once primaveras nace una monuca del amor imposible entre gato montés y rámila. Ciega al nacer, sin color, el tiempo la transforma en belleza mortal: cabeza blanca como nieve, cuerpo de rojos y azules intensos, cola morada como anochecer. Se alimenta de saltamontes y tórtolas, pero ansía sangre de corderos... y a veces de niños. Al recuperar la vista, mata a su madre y se oculta junto a los ríos. Crece hasta volverse torpe, vulnerable. Los hombres que la atrapan ganan fortuna, pero ella odia a las mujeres. Solo las más pacientes logran su cariño y, con él, la inmortalidad.









# El Malismo

52

Castilla la Mancha

Cuentan en La Mancha que hubo un tiempo en que la sombra reinaba. En ella vivía El Malismo. No era hombre ni bestia, sino algo más antiguo y cruel. Greñas sucias, baba constante, mirada vacía. Solo salía de noche, cuando el mundo duerme y los miedos caminan. Nació para hacer daño. Dicen que llegó con los godos, o que es pariente de los trolls del norte. Nadie lo sabe, y eso lo hace peor. Fue olvidado... pero el olvido no siempre mata. A veces, solo duerme. Y el Malismo, dicen, nunca duerme del todo.



# La Fiera Corrupia

54

Castilla la Mancha

En los campos secos de Castilla-La Mancha, se murmura el nombre de la fiera corrupia. Nadie sabía su forma: ¿bestia, sombra, castigo divino? En los siglos XVIII y XIX, los romances de ciego la cantaban en plazas polvorientas. Advertían: si desobedeces, si alteras la paz del hogar... ella vendrá. No tenía garras ni colmillos: solo su nombre bastaba para helar la sangre. Encarnaba el miedo a lo que rompe el orden, a lo desconocido. Y aunque ya no se canta, algunos aún evitan nombrarla en voz alta.









# La Cocollona

58

Cuentan en Girona que una monja rebelde fue castigada por desear libertad. No pecó, solo soñó. La encerraron, y con los años, su cuerpo cambió: escamas de cocodrilo, alas de mariposa, ojos tristes. Nació así la Cocollona. Desde entonces, cuando llueve, desciende por el Onyar. No ruge ni muerde, solo observa, como quien aún espera ser comprendido. Los niños la ven. O dicen verla. Otros aseguran que solo aparece a quienes creen en lo invisible. Por eso, en Girona, cuando llueve... muchos miran el río.



# La Cucafera

60

En Tarragona, entre tambores y vítores, desfila la Cucafera: ojos saltones, boca de cocodrilo, alma herida. Dicen que fue mujer despechada, que robaba doncellas por rencor. Hasta que un caballero, con ternura y paciencia, sanó su pena. Desde entonces, abraza niños. Ríe. Pero algunos aún susurran: “¿Y si recuerda el dolor?”. Porque en cada rugido festivo hay un eco de tristeza. Y aunque baile entre faroles, todos saben que los corazones rotos... solo aprenden a amar de otro modo.







# El Escornau

64

Extremadura

En los valles del norte extremeño cuentan que un pastor cruel, sin alma ni temor, se perdió en el monte. Blasfemaba, cazaba por placer y se burlaba de los rituales. Una tarde cruzó un roble sagrado y desapareció. Dicen que lo encontró el diablo... o algo más antiguo. Desde entonces, aparece el Escornau: bestia con cuernos torcidos y ojos de odio. Camina cuando ni los grillos cantan. Si lo ves, no corras. No grites. No lo mires. Es castigo de la tierra. Y la tierra, cuando despierta, no olvida... ni perdona.









# La Coca de Redondela

68

En Redondela, hace siglos, una criatura surgía del agua: la Coca. No era pez ni dragón, pero tenía escamas oscuras y ojos como brasas. De noche, raptaba doncellas y desaparecía sin dejar rastro. El miedo crecía. Hasta que una noche de San Juan, los marineros la esperaron con redes y fuego. Cuando emergió, las campanas sonaron y el pueblo luchó. Entre espuma y gritos, la Coca cayó. Hoy se la recuerda en fiestas y danzas. Porque incluso los monstruos caen... si el pueblo se une con valor.



# Las Serpes

70

Bajo cielos verdes del Atlántico, la leyenda de las serpes gallegas habla de criaturas sinuosas, hijas del fango y del rumor de las fuentes. Cuerpos escamosos, alargados, como tocados por la luna, reptan entre helechos al caer el crepúsculo. Se dice que guardan pozas de agua clara donde quien bebe se vuelve sabio... si regresa. Protegen tesoros y desvían caminantes con su sibilo. Cuando la niebla besa el bosque, todo calla. Porque hay ojos antiguos escondidos en cada sombra, y no todos desean ser vistos.









# El Lagarto Franchito

74

En los montes de La Rioja, un pastor encontró un lagarto moribundo. Le dio leche, lo cuidó y lo llamó Franchito. Años después, volvió al monte con su esposa y gritó su nombre. De entre los matorrales emergió una bestia enorme. Huyeron hacia la ermita. Franchito los siguió, silbando con furia. Al cruzar el umbral, el monstruo estalló contra la puerta. Desde entonces, su espíritu ronda el bosque. Espera al pastor que lo cuidó... y luego huyó. ¿Aún lo recuerda? ¿Aún lo llama?



# El Garrules de patas azules

76

En La Rioja, cuando los niños no duermen, los mayores susurran: “Duérmete... o vendrá el Garrules Patas Azules”. Nadie sabe de dónde vino, pero todos temen su sombra. Baja por la chimenea en silencio, con patas azules y ojos como brasas. Si un niño sigue despierto, lo mete en su saco y desaparece sin dejar rastro, solo el eco de sus pasos. No hay casa sin historia ni abuelo que no lo nombre. Por eso, al llegar la noche, las luces se apagan, las mantas suben... y nadie mira hacia la chimenea. Nadie se atreve.







# El Pegaso

80

Pegaso nació de la sangre de Medusa cuando Perseo la decapitó. Caballo alado, sagrado para los dioses, volaba entre nubes como un soplo de eternidad. Fue compañero de Zeus y montura de Belerofonte, quien con su ayuda venció a la Quimera. En Madrid, sus estatuas vigilan desde el Palacio de Fomento y la plaza de Legazpi. Símbolos de belleza e inspiración, los Pegasos recuerdan que la imaginación puede alzarse por encima del miedo. Y que hay mitos que, aunque alados, nunca dejan de pisar nuestras ciudades.

Madrid





# La Quimera

82

La Quimera era una bestia aterradora: cuerpo de cabra, cabeza de león, cola de serpiente y aliento de fuego. Algunos decían que tenía tres cabezas, una por cada animal. Devoraba hombres y rebaños, y ninguna arma podía herirla. Muchos lo intentaron, pero solo Belerofonte, montado en Pegaso, logró vencerla desde el cielo. Hoy, en Madrid, varias quimeras vigilan desde el techo de Atocha y el Prado. Monstruos que, lejos de infundir miedo, recuerdan que solo al enfrentar lo imposible... se conquista la paz.

Madrid







# El Monstruo del Segura

86

La Quimera era una bestia aterradora: cuerpo de cabra, cabeza de león, cola de serpiente y aliento de fuego. Algunos decían que tenía tres cabezas, una por cada animal. Devoraba hombres y rebaños, y ninguna arma podía herirla. Muchos lo intentaron, pero solo Belerofonte, montado en Pegaso, logró vencerla desde el cielo. Hoy, en Madrid, varias quimeras vigilan desde el techo de Atocha y el Prado. Monstruos que, lejos de infundir miedo, recuerdan que solo al enfrentar lo imposible... se conquista la paz.



# El Ratón Colorao

88

En Murcia, cuando la primavera estalla, un ratón rojo se cuela entre charangas. Es el Colorao: pícaro, burlón, con ojos que brillan como fiesta. Reparte bollos, se ríe del poder y canta verdades que otros callan. Nació entre barracas, cuando el pueblo aprendió a reírse de sí mismo. En el Bando y el Entierro, es rey y bufón. Nadie le gana una batalla, ni políticos ni penas. Porque el Ratón Colorao no es solo disfraz: es el alma libre de una tierra que prefiere reír. Si lo ves pasar... síguelo. Él sabe.









# La Suggar

92

Cuando el cielo se agrieta y los truenos rugen, Sugaar cruza el aire envuelto en fuego. No es dios ni demonio, sino algo más antiguo. Serpiente alada, espíritu de tormenta, consorte de Mari, la gran diosa vasca. Desciende entre relámpagos, dejando una estela sobre los montes de Navarra. A veces es dragón, otras solo un crujido en la tierra. No busca adoración. Habita en cuevas, duerme en silencio. Pero si despierta... el mundo tiembla. Nómbralo con respeto. Porque no escucha... pero siempre sabe.



# El Zezengorri

94

Rojo como brasa y con cuernos en llamas, el Zezengorri guarda secretos bajo la tierra navarra. Habita en cuevas profundas, donde la oscuridad pesa y el aire quema. No es toro ni bestia, sino espíritu antiguo que protege pasadizos y tesoros sagrados. Si alguien entra sin permiso, ruge y embiste envuelto en fuego. Pero si no codicias lo que cuida, puede dejarte ir. Dicen que cruza túneles en noches sin luna, dejando olor a piedra quemada. No es leyenda. Es advertencia. El Zezengorri arde... por dentro y por siempre.









# El Gaeko

98

País Vasco

Cuando el sol se esconde y el mundo calla, Gaeko despierta. No es dios ni demonio: es la noche misma, con sus leyes antiguas. A veces es lobo, otras sombra con plumas y lana. Siempre con ojos como brasas. Lo oye todo, lo siente todo. Castiga en silencio. Quien trabaja tras el anochecer rompe un pacto olvidado. La noche no es del hombre, y Gaeko viene a recordarlo. Algunos dejan pan en la ventana. Otros apagan velas con un susurro. Por respeto. Por miedo. Porque saben que Gaeko no habla... pero ve.



# El Itxas-suge

100

País Vasco

Dicen que en lo más hondo del Cantábrico, donde ni la luz se atreve a entrar, duerme el Itxas-suge. Serpiente marina, enorme, con escamas cubiertas de algas. Sus ojos, como faros antiguos, vigilan barcos hundidos, cofres olvidados, promesas rotas. No es monstruo: es guardián. Si alguien hiere el mar, lo despierta. Entonces el agua ruge, las olas se alzan, los barcos desaparecen. No castiga por rabia, sino por ley. En lo profundo no manda el hombre. Manda él. Y quien lo siente... ya no vuelve a contarlo.







# El Kraken

104

El Kraken surge en las sagas nórdicas como una criatura colosal, capaz de hundir barcos y provocar remolinos que tragan hasta la luz. Se dice que su cuerpo es tan grande como una isla y su lomo puede confundirse con rocas en mitad del mar. Aunque es criatura mitológica, muchos creen que nació de avistamientos de calamares gigantes. En el siglo XVIII, marineros juraban haberlo visto. Algunos aseguran que también habita el Estrecho de Gibraltar. Nadie lo prueba. Pero el mar... nunca niega del todo sus monstruos.









# El Ghul

108

El Ghul, demonio del folclore árabe, ronda cementerios, ruinas y lugares desolados. En Melilla aún se murmura su nombre con miedo. Se alimenta de cadáveres, secuestra niños y adopta formas monstruosas, mezcla de hombre y bestia. No busca compasión: solo carne. Sádico y voraz, disfruta del terror que provoca. A veces, se confunde con los vivos. Porque un Ghul también puede ser humano, si se regodea en la muerte. Su sombra es leyenda... pero su hambre, dicen, es real. Y nunca se sacia del todo.







# Indice

112























